

**EL CERVANTES DE ARTURO MARASSO:
UNA CRÍTICA ERUDITA, DIFERENTE**

Carlos Orlando Nállim

UNCuyo- Academia Argentina de Letras

Resumen

En este trabajo se destaca la figura de Arturo Marasso, poeta y erudito argentino, en relación con su lectura de El Quijote a través de su libro Cervantes. La invención del Quijote. La atención se centra principalmente en el capítulo “Las tentaciones de San Antonio y las de don Quijote”, que plantea una asociación novedosa entre ambos personajes. Se presentan la época de San Antonio Abad y la Vida de San Antonio, obra de San Atanasio y su especial relación con el género aretológico (edificante). Para finalizar, se comenta la lectura que Marasso realiza de Cervantes, influido por su amplio conocimiento de los clásicos.

Palabras claves: Cervantes - El Quijote - Arturo Marasso - San Antonio Abad - Literatura Argentina

Abstract

This paper highlights Arturo Marasso, Argentine scholar and poet, in relation to his reading of Don Quixote through his book Cervantes. Special attention is paid to the chapter “St. Anthony’s and Don Quixotes’ temptations”, which establishes a novel association between both characters. We introduce the times of St Anthony and St Anthony’s Life, by St Atanassius, and its special relation with the arethologic (edifying) genre. Finally, there is a comment on Marasso’s reading of Cervantes, influenced by his ample knowledge of the classics.

Key words: *Cervantes - Don Quixote - Arturo Mrasso - St Anthony Abbot - Argentine literature*

La suerte me deparó un regalo cuando en la década de los sesenta y siempre en el local de la librería “Verbum”, de calle Viamonte, me encontraba, en mis viajes a Buenos Aires, con un hombre muy simpático y dicharachero, rodeado de una aureola de sabiduría. Sabía mucho de libros y los elegía tanto por los temas y contenidos como por su presentación. En lo posible, buenas tapas, buena impresión y buen diseño. Fue el propietario del negocio, un excelente asesor de esos clientes que buscaban en los muchos y nutridos anaqueles repletos de libros, quien me presentó al distinguido anciano que, a través de nuestros ocasionales encuentros, enseñaba con una conversación extensa y amena, que me dejaba con gusto a más. Era Arturo Marasso.

Cuando tomaba confianza, le repetía al interlocutor que él era fundamentalmente poeta y, con un gesto de humildad, agregaba que por lo menos eso pretendía ser. Quien quiera acercarse al poeta deberá ojear algunas antologías y poemarios, como por ejemplo su *Antología poética* (Buenos Aires, Coni, 1951, 449 p.) o *Poemas* (Buenos Aires, Hachette, 1953, 224 p.) y por fin *Poemas de integración* (Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1964, 200 p. con una segunda edición de 1969). Las *Obras Completas* (La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1984) nos ofrecen toda su producción.

A poco más de treinta años de su muerte y para conocer su opinión sobre temas y autores argentinos, hispanoamericanos y españoles, encontraremos en el repositorio de Marasso numerosos estudios que no sólo tratan esos temas y autores sino también, como es natural, métodos y opiniones críticas de interés adecuadas a su formación de autodidacto y de estudioso aplicado.

Un apartado especial merecen sus numerosos acercamientos a las literaturas clásicas, especialmente a las literaturas griega y latina. También editó variados libros cuyos prólogos aún deben consultarse cuando se abordan sus temas. Por ejemplo *Mis montañas*, de Joaquín V. González (1945) o *Poesías*, de Fray Luis de León (1946), *Antología poética*, de Rubén Darío (1952), el *Quijote* de Cervantes (1954), las *Obras completas* de Góngora (1955), donde escribe las notas, pues el “Prólogo” es de R.

Foulché-Delbosch, *Obras selectas* de Francisco de Quevedo (1957), cuyo “Prólogo” escribió así como el de *Poetas líricos españoles* (1959), etc.

Como se ve, se trata de un argentino erudito que a través de sus libros y artículos, a la vez que por sus clases se convirtió en un maestro respetado por sus alumnos y por sus lectores ajenos a las aulas. En esta ocasión limitaremos nuestro trabajo a su labor referida a Miguel de Cervantes a quien, no cabe duda, quería con predilección. De sus estudios dedicados al autor del *Quijote*, nos detendremos en un solo libro titulado *Cervantes. La invención del Quijote* (Buenos Aires, Editorial Biblioteca Nueva, 1943, 254 p.), cuya segunda edición se tituló *Cervantes* (Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1947, 309 p.) para volver al título primitivo en la tercera edición, *Cervantes. La invención del Quijote* (Buenos Aires, Hachette, 1954, 343 p.).

En su *Cervantes* (a partir de ahora citaremos por la edición de Hachette) hallamos un capítulo para nosotros muy curioso titulado “Las tentaciones de San Antonio y las de don Quijote”, que abarca sólo una página y media pero que sugiere tantas cosas que desconcierta al lector desprevenido. Este capítulo comienza así:

El místico, el héroe, deben vencer para llegar a Dios por la vía unitiva o alcanzar su destino terreno, la oposición de los demonios enemigos, la voz de las sirenas. Las tentaciones tenían que aparecer en el indispensable itinerario. Cervantes las describe con arte de irónica invención prodigiosa en las grandes escenas del castillo de los Duques. Las tentaciones de San Antonio ofrecían sutil materia, como una obsesión por su desvío a lo fantástico y o quimérico, a los pintores de toda Europa; su enciclopedia demoníaca abarca regiones imprevisibles. Los caminos de la leyenda pitagórica, en las investigaciones de la ciencia moderna me llevaron a Apolonio y, quién había de pensarlo, a la *Vida de San Antonio*, de Atanasio¹.

Creemos que para un hombre ilustrado, sabedor de muchas cosas, no es extraño que constantemente esté asociando unos recuerdos con otros, unos libros con otros o, simplemente, unos hechos con otros. Las palabras citadas nos encauzan ante el interrogante de por qué asocia dos personajes tan distantes en el tiempo y en su quehacer como son don Quijote y San Antonio Abad. En el resto del artículo Marasso termina de confirmar

el porqué de esta relación que por sobre los siglos une al caballero con el santo.

Para demostrar que esta relación no es la exhibición caprichosa de un lector de muchos libros y muchos años, quizás convenga detenernos un poco en la historia, en la ascesis cristiana, en un personaje un tanto mítico según lo explicó Atanasio y un real ejemplo del fundador de la vida monacal según la historia y la tradición religiosa.

Empezaremos por recordar el Concilio de Nicea (325) ciudad elegida por el emperador Constantino como lugar de reunión del primer “concilio ecuménico”. Asistieron unos doscientos cincuenta obispos y predominaban los orientales, sin que faltaran dos delegados del Papa de Roma. Tras la apertura oficial, el emperador se retiró.

Este concilio, es bien sabido, votó un texto que se conoce con el nombre de Símbolo de Nicea, que después de las modificaciones que se le hicieron en el 381 se habrá de convertir en el Credo de la Iglesia Católica. Habrá que recordar también que en aquellos tiempos los temas teológicos tenían una importancia tal que los hacía independientes de las posibles consecuencias de orden político. Constantino había convocado este concilio con el afán de restablecer la paz entre los creyentes y dar fin a una lucha teológica que se avizoraba como formidable. En pocas palabras, en Nicea se condenó terminantemente la herejía del arrianismo. Sin embargo, los arrianos continuaron con su lucha y consiguieron reunir, con el visto bueno del emperador, el Concilio de Tiro (335). Ésta es la culminación de una lucha sorda y cruel entre Arrio y Atanasio, nuevo obispo de Alejandría y gran defensor de la ortodoxia proclamada en Nicea. Así vemos cómo el obispo de Alejandría fue exiliado y se intentó dispersar a sus discípulos. Arrio, orgulloso, vuelve triunfante a Alejandría, pero la lucha entre los dos partidos será implacable.

El emperador Constantino, que muere en el 337 a orillas del Tigris, se había convertido al cristianismo en el 312: reconstituyó la unidad del Imperio e impuso una monarquía hereditaria, aunque también comprometió esa unidad al repartir territorios imperiales entre sus tres hijos y dos de sus sobrinos. Como no estoy dispuesto a repetir aquella compleja historia, resumiré mi opinión con algunas palabras de Guglielmo Ferrero:

Il fonda une dynastie et la brisa; il rétablit l'unité de l'empire et la détruisit; il voulut reconstituer par le christianisme la concorde

spirituelle et il exaspéra les luttes au sien même de l'Eglise... Dioclétien est le dernier grand homme du monde antique; Constantin, l'inquiet personnage, symbolise une époque de transition².

Volviendo a los ecos de esta lucha político-religiosa de aquellos tiempos y para no adentrarnos en una lección de historia demasiado extensa, sólo agregaremos que Atanasio, después de Tiro, terminó exiliado en las Galias mientras que Arrio con sus ochenta años de edad, moría triunfante poco antes del “triumfo” que sus seguidores le preparaban en Constantinopla.

La doctrina de Arrio puede sintetizarse, a su vez, en las siguientes palabras: “Dios es uno y eterno, el Verbo o el Logos es su primera criatura... El Verbo es pues superior y anterior a todo el resto de las criaturas, pero no puede llamársele Dios en tanto que creador del mundo... El Verbo reemplaza, en Jesús, el alma humana y posee su rol”.

No es nuestro deseo recordar fórmulas que si bien eran consideradas teológicas, también podían ser un verdadero galimatías que quería conservarse oscuro y confuso por temor a simplificarlo con palabras claras y precisas. No cabe duda de que la ortodoxia, defendida y apoyada por Roma, ganó terreno cuando Atanasio puso todo su esfuerzo en defenderla. Pero tampoco puede el lector sorprenderse de que, con la muerte de Constantino (337) y al dividirse el Imperio, se pretendiera adoptar fórmulas semi-arrianas.

Nos hemos detenido un poco en este cuadro político y religioso del siglo IV para poner en evidencia el protagonismo del autor del único testimonio escrito que nos queda de San Antonio Abad. En efecto fue San Atanasio quien escribió *La vida de San Antonio*, en griego, siendo obispo de Alejandría, en los 356 y 366, cuando debido a la crisis arriana se adentró en los desiertos de Egipto.

Este texto se hizo famoso en Oriente y Occidente y hasta hoy se señala a Antonio como el fundador del monaquismo. Además, hasta el siglo XIX se lo consideró como una biografía de Antonio y, para colmo, su título original corría con el nombre de *Vida y conducta de nuestro padre Antonio* hasta que se demostró, también recientemente, que el libro no era una biografía sino más bien una buena muestra de la aretología (del griego *aretós*: virtud y *logos*: discurso, que sin dificultad puede traducirse como “discurso edificante”). Este género estuvo en boga en la antigüedad

pagana y es muy importante precisar que su objetivo no era el testimonio histórico sino más bien mostrar un cuadro edificante, modélico e ideal. De allí que muchas veces fuera utilizado para sabios paganos y santos cristianos de la antigüedad. En estos casos, los textos abundan en milagros, diablos, exorcismos de poseídos, protagonistas que separan las aguas, practican curas milagrosas, doman bestias salvajes, etc. Toda *Vida* de sabios o de santos era una mezcla más o menos retórica de grandes discursos edificantes con hechos maravillosos o sobrenaturales que incluían hasta los asaltos de los demonios.

Hay que admitir, pues, que estos milagros, tentaciones y hasta coloquios con los ángeles o simplemente poderes sobrenaturales poco tienen de cristianos. Es que toda *Vida* de sabio o de santo debía poseer un poder especial para ser incluida en el género aretológico. Alguien ha llegado al extremo de afirmar que en el principio la hagiografía fue una literatura de baja calidad como hoy podría ser la folletinesca. San Antonio ha existido y se sabe que se opuso a la herejía arriana; también, que se trataba de un copto iletrado pero de agudo sentido común e inteligencia que llegó a practicar en el desierto una ascesis impresionante. Este padre del desierto, como tantos otros, enseñaba y propagaba los Evangelios oralmente. Al respecto no conviene olvidar que millares de campesinos coptos iletrados a medida que se convertían al cristianismo se fueron haciendo monjes o eremitas. Lo singular era que los dos fundadores del anacoretismo y monaquismo egipcios, Antonio y Pacomio, provenían de familias acomodadas. Son la excepción: abandonan sus bienes, renuncian al mundo y se adentran en la soledad del desierto.

Si, como se cree, Atanasio vio a Antonio en la Tebaida, no se debe olvidar que la cultura del griego era en extremo mayor respecto de la del copto. Y al escribir la *Vida de Antonio* respeta los objetivos aretológicos que toda *Vida* debía contener.

Recordemos también que, alejados de las márgenes del Nilo, sólo queda el enorme desierto que, en el caso de los anacoretas, cumple el papel de realidad simbólica. Las tumbas que éstos hallaron eran una buena habitación para estos nuevos gladiadores que luchaban contra el poder demoníaco de las tentaciones. La penumbra del sepulcro y los frescos de los muros que describían el reino de los muertos alimentaban la imaginación desbordada en forma de criaturas humanas, divinas o monstruosas,

que emergían del mundo de los muertos para acicatear a los monjes penitentes.

Durante siglos la tradición oral o escrita y su abundante iconografía han refrescado a los creyentes la existencia de esas bestias prestas a herir o a amenazar a los penitentes. No cabe duda de que las criaturas monstruosas que obsesionaron las vigilias y ayunos de esos anacoretas como Antonio y sus imitadores, solían ser también un bestiario de pesadilla, presente desde el antiguo Egipto.

Antonio murió en el monte Qolzum, el 18 de enero del 356, a la edad de 105 años. Vivió, pues, en la margen oriental del Nilo al pie de este monte, cerca del Mar Rojo, tras una vida de meditación y una vejez apacible y sin deterioro, tanto que “ninguno de sus dientes cayó”, como quiere la tradición.

Las tentaciones de San Antonio constituyen un tema pictórico inagotable, como también un extenso capítulo en la historia de la ascesis cristiana. No nos puede extrañar entonces que Marasso nos diga, en su muy breve capítulo, que “los caminos de la leyenda pitagórica [...] me llevaron a Apolonio y, quién lo habría pensado, a la *Vida de San Antonio*, de Atanasio”. La habilidad de los mayordomos de los duques hizo en el *Quijote* que la demonología de San Antonio fuera transpuesta de otra manera, del santo al héroe caballeresco. La cronología no permitiría que Cervantes bebiese la leyenda y su demonología en Flaubert, por ejemplo, en particular en la *Tentación de San Antonio*, ni en Thibaudet, el estudioso de su extraordinario paisano novelista. Cervantes conoce la tradición antonina, quizás Marasso la confirma a partir de la literatura francesa pero igualmente se remonta a San Atanasio. Esto obliga a distinguir entre el San Antonio difundido por la literatura francesa del siglo XIX y la verdadera tradición nicena, base que a Cervantes poco le cuesta recordar cuando la necesita en el *Quijote*³.

Cervantes, al iniciar el capítulo XIII de la segunda parte, nos enfrenta a una reunión de caballeros y escuderos que, en animada conversación, cuentan sus vidas y sus amores. Las razones que se esgrimen le traen a Arturo Marasso un eco de la comedia griega. Textualmente: “la aventura del Caballero del Bosque tiene una escena aristofanesca. La conversación de Sancho con el desconocido escudero del Caballero del Bosque, trae a la memoria la conversación de los criados de Plutón y Baco: Eaco y Jan-

tias en *Las Ranas*⁴. Esta conversación nos entera de la ínsula prometida y del poder que ello habrá de implicar. Frente a esta confesión sobre gobierno y poder, don Quijote hace sentir su voz que “brota de la fuente inexhausta de los valores derramados generosamente en el libro”. En su ensayo *La palabra escrita y el Quijote*, Américo Castro rechaza el ataque a la literatura caballerescas como motivación del *Quijote*, la busca en su sentido moral: “el *Quijote* no fue ni dejó de ser escrito ‘contra los libros de caballerías’. La ‘razón’ de don Quijote se halla exclusivamente en su voluntad de heroísmo, en su señorial cortesía y en su bondad inagotable”. Creemos que Américo Castro tiene razón cuando resume su pensamiento diciendo: “El *Quijote* [...] es un gran repertorio de temas axiológicos, siempre vividos en máxima tensión, de ahí su fascinante belleza”⁵. Marasso busca autoridad en los clásicos, Américo Castro es más directo. Quizás, después de este ejemplo y de otros muchos, debamos concluir que Marasso crítico se deja llevar por una verdadera obsesión por las letras clásicas.

Creemos que de vez en cuando hay que recordar, quizás sea mejor decir memorizar el autorretrato que de sí hace don Quijote en el capítulo XVI, de la segunda parte:

Soy caballero destos que dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, y entreguéme en los brazos de la Fortuna, que me llevase donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola digo que soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las más, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga [...].

Así se presenta don Quijote a don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán, y quizás sin querer hemos regresado a la costumbre de Marasso, si decimos que Cervantes, “a lo Plutarco”, sin refinamientos, ha pretendido mostrarnos un paralelo entre el hidalgo heroico, a veces exagerado, y el caballero español del siglo XVII, alejado ya de las caballerías. No cabe duda de que el caballero que más se exalta en sus presentaciones es, desde el punto de vista de las caballerías, nuestro héroe; pero desde el punto de vista de su actualidad, debemos señalar al Caballero del Verde Gabán.

No sabemos si don Quijote tenía un sexto sentido para percibir lo que él llamaba aventuras y de las cuales tanto gustaba. Cuando el Caballero del Verde Gabán descubrió el carro que hacia ellos venía, adornado con banderas pequeñas supuso, y así se lo advirtió a su nuevo amigo circunstancial, que esas dos o tres banderas podían indicar que era un carro que traía monedas al rey. Pero nuestro hidalgo, dando curso a su imaginación o recordando tradiciones que podrían remontarnos al tiempo de la época de los anacoretas, contestó terminantemente:

-Hombre apercebido, medio combativo: no se pierde nada en que yo me aperciba; que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, y no sé no cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer (II, 17).

Percatarse, apercebirse, experiencia anterior, enemigos visibles e invisibles, verdaderos fantasmas o imaginación pura, de los cuales se ignora el cuándo, el adónde, el tiempo. Marasso rastreó la genealogía de este episodio de los leones en el “tu, invicte”, de la *Eneida* de Virgilio, también en Plinio (*Historia Natural*) sin faltar la cita de la vida del Cid, lo cierto es que lo real, tras este rapto que acomete don Quijote, son la hipérbole y lo desmesurado. Maravall piensa que “Lo que a don Quijote importa no es que queden sin ser derrotados unos u otros enemigos, sino que se mantenga sin mancha su virtud y la honra que es su pública manifestación: su victoria moral”⁶.

Si recordamos las figuras fantasmagóricas y las horribles fieras que solían visitar a San Antonio Abad y si la tradición cristiana oriental y occidental coinciden, a su vez, junto a la estupenda y enorme tradición iconográfica sobre el tema, no nos puede extrañar que Cervantes someta a

su héroe al ridículo cuando en la casa de los Duques lo ponga como víctima de unos gatos alborotados. En ningún momento estas heridas pudieron ser realmente tan graves como para que don Quijote guardara cama durante cinco días. Los Duques mismos, que imaginaron esta burla, se preocuparon luego, y don Quijote continuará con sus aventuras. Para el héroe valió más el socorro ducal que la canallada gatuna que llegó a extremos insospechados.

En este episodio, como en tantos otros, Cervantes no es humanista porque el humanismo se limite -como parece desprenderse de los estudios de Marasso sobre Cervantes- al estudio de autores griegos y latinos o a ambientarse en la antigüedad. Humanismo, lo dice Américo Castro, significa “valoración y ensalzamiento de lo humano, del hombre, de su razón, subordinamiento de todo lo demás; es un método nuevo de observar el mundo”⁷.

San Antonio Abad vivió sus últimos largos años, ya lo dijimos, en una antigua fortaleza abandonada, entre el Nilo y el Mar Rojo y esperaba en el sacrificio la muerte serena y alegre que lo acercaría a Dios *sotér*. Nuestro caballero, en palabras de Santiago Montero Díaz, la espera sereno mientras reconstruye “el sentido de su vida, juzga *-in extremis-* los esenciales valores de su persona y se enfrenta con el trance mortal. En esa capacidad valorativa y razonadora, culmina la estructura de la existencia heroica”⁸.

El nombre de Arturo Marasso no siempre ha sido respetado en las historias de la literatura argentina o por los críticos ni en vida del autor ni después de su muerte. El doctor Carlos Horacio Magis que por exigencias de la Editorial Pormaca, de México, publicó una apretada y a la vez abarcadora síntesis de *La literatura argentina* (1965), que consta de 307 páginas, no lo cita. Tanto para él, en este libro, como para mí -fuimos compañeros de estudio en la Universidad Nacional de Cuyo- el nombre de Arturo Marasso nunca se mencionó en los dos cursos de Literatura Argentina que realizamos ni en ninguna otra asignatura. En 1970 la Editorial Sudamericana de Buenos Aires publica una *Enciclopedia de la Literatura Argentina*, dirigida por Pedro Orgambide y Roberto Yahni, con quienes colaboraron veinte entendidos en la materia y tampoco lo nombran. En 1958, Juan Pinto publicó un *Breviario de la Literatura Argentina Contemporánea* (Editorial La Mandrágora, Buenos Aires). Aquí se

nombra varias veces a Arturo Marasso pero creo que no siempre las referencias son atinadas. El mejor elogio lo expresa así:

Un armonioso sentido de las palabras, regusto de frecuentador de clásicos, vertebró las páginas de sus ensayos y sus poesías. En aquéllos la acuciada búsqueda; en éstas una límpida emoción humana. El acumulativo lector de Hesíodo y Cervantes, el indagador de Rubén Darío y Góngora, es un erudito argentino cuyo nombre ha trascendido las fronteras patrias. Su sensibilidad atenta al rumor de la naturaleza y su espíritu universalista, le han permitido la doble creación poética y crítica con un claro sentido de la belleza (p. 208).

En 1959, la Editorial Peuser edita en Buenos Aires una *Historia de la Literatura Argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta. Aquí el crítico nombra en repetidas ocasiones a Marasso, pero por el tema que estamos tratando, Cervantes, nos vamos a limitar a lo que se dice en el tomo IV, en el capítulo que estuvo a cargo de Roberto F. Giusti y que titula “La crítica y el ensayo”. En la página 482 dice Giusti:

La crítica erudita, trabajando en torno de obras argentinas o de otras literaturas ha producido valiosos trabajos. Con relación a la literatura española cuentan entre los principales las doctas investigaciones llevadas a cabo por Arturo Marasso sobre Cervantes y el ámbito del *Quijote*, y sus arriesgadas interpretaciones de la elaboración y significado de la obra inmortal reunidas parte de ellas en un volumen, así como sus explicaciones aventuradas por todos los caminos de la erudición bibliográfica en torno de diversos problemas de la literatura castellana (el autor del falso *Quijote*, el del *Lazarillo* etcétera) [...].

Referida al *Cervantes*, de Marasso, leemos en una nota de pie de página lo siguiente “Una bibliografía cervantina de origen argentino formaría un catálogo nutrido de ensayos, conferencias y artículos, si no siempre nutridor [...]”.

Como vemos Giusti es renuente aunque amable para tratar la crítica de Marasso sobre Cervantes que califica como arriesgada, aventurada, sin olvidarse de denominarla también docta. Más severa, a mi entender, es la nota de pie de página donde afirma, como queda dicho, que una biblio-

grafía cervantina de origen argentino formaría un catálogo nutrido de títulos pero no habría de distinguirse por su calidad. El juicio es severo pero tiene mucho de verdad, sobre todo teniendo en cuenta que esta historia de la literatura llega hasta 1950.

Nos parece que los españoles han sido más puntuales y hasta bondadosos con la crítica cervantina de los americanos. Por ejemplo Unamuno con Ricardo Rojas, pero más preciso aún es el recuerdo de Justo García Morales, Jefe del Servicio de Información Bibliográfica de la Biblioteca Nacional de Madrid, cuando, siguiendo su plan, cita ilustres comentaristas del *Quijote* y no olvida a los argentinos. Lo que es importante porque escribe, además de la introducción general del libro, el prólogo, las notas y los “comentarios ideológicos” a cada uno de los capítulos del *Quijote*⁹.

Hemos tratado de recordar la opinión de Arturo Marasso sobre Cervantes; las palabras finales de su libro pueden ser también sus palabras conclusivas sobre el tema. Hablando de la época cervantina afirma:

La palabra es intención, contenido precioso en su abolengo etimológico. Llega a advertirse a Teócrito junto a Ovidio. Cervantes ve aparecer la generación de Góngora, de Lope, de Balbuena, tienen preclaras semejanzas con la del Góngora de las *Soledades*. Escribe, concibe, se pasa, porque es genio, a la conciencia del hombre, mentor y amigo nuestro, escribe mucho y mucho dice. Dichoso ya, salvado de tanto naufragio, vuelve como Ulises al huerto de su padre, al jardín de Laertes, al ramo verde donde están los maduros frutos de las letras.

Creemos que Fermín Estrella Gutiérrez, cuando valora el amor especial que Marasso (1890-1970) tenía por su nutrida biblioteca, acierta al decir que

[...] no leía los libros, los penetraba, siguiendo aquí y allá a veces levísimas huellas que luego lo llevaban, guiado por un instinto innato en él, a confrontaciones y hallazgos de influencias o reminiscencias que, lejos de aminorar el valor de los autores, lo agrandaba, demostrando en ellos una proyección de su cultura y de sus lecturas que contribuía a perfeccionar y completar su personalidad¹⁰.

Nos parece acertado el elogio de Estrella Gutiérrez cuando afirma que Marasso más que leer los libros los penetraba. Pero también pensamos que tal penetración debe hacerse necesariamente tras una lectura sin prejuicios. Muchas veces su amor por las literaturas clásicas, creemos, podría haber llevado a Marasso a insistir más que en la crítica en sus impresiones afectivas.

Sin embargo, no queremos ser injustos con un poeta y hombre de letras notable. Por ejemplo, cuando se lo cita como “cauce mediador” del mito de Orfeo en los poetas y escritores argentinos del cuarenta no se exagera; por el contrario, se enuncia una verdad innegable¹¹.

NOTAS

¹ Arturo Marasso. *Cervantes. La invención del Quijote*, p. 260.

² Guglielmo Ferrero. *Nouvelle histoire romaine*, p. 295. Citado por Jawad Boulos. *Les peuples et les civilisations du proche orient*. Leiden, Mouton & Co., 1964, t. 3, p. 234.

³ Nos parece, sin entrar en exigencias excesivamente eruditas sobre los santos, sus ideas, sus prédicas, su ambiente en Egipto, Palestina y Siria de los primeros tiempos del cristianismo, que el lector puede allegarse a ese mundo especial a través de J. Lacarriére. *Les hommes ivres de Dieu*. Hay traducción de Antonio Valiente, Barcelona, Ayma, 1964.

⁴ Arturo Marasso, citado por Justo García Morales, en *Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Editorial Codex, 5 tomos, 1965.

⁵ *Ibid.*

⁶ Américo Castro. *El pensamiento de Cervantes*, citado por Justo García Morales, edición del *Quijote* ya citada.

⁷ *Ibid.*

⁸ Santiago Montero Díaz. *Cervantes, compañero eterno*. Madrid, Editorial Aramo, 1957. Citado por Justo García Morales, edición del *Quijote*, ya citada.

⁹ Miguel de Cervantes Saavedra. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid, Editorial Codex, 5 tomos, 1965.

¹⁰ Fermín Estrella Gutiérrez. "Homenaje a Arturo Marasso". En *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Buenos Aires, t. XXXV, n° 135-136, enero-junio de 1970, p. 12.

¹¹ Cf. Víctor Gustavo Zonana. "Genealogías órficas: A. Marasso, R.E. Molinari, B. Uribe". En: *Homenaje a Carlos Orlando Nállim*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 2001, pp. 265-281.